

EL CONOCIMIENTO MORAL

José María Méndez*

1. Hume

Desde el punto de vista lógico, la afirmación más importante en toda la historia del conocimiento moral es sin duda la denuncia por Hume de la falacia *es* → *debe ser*. Un deber ser nunca puede ser la conclusión lógica de premisas que sólo describen hechos de este mundo.

De un plumazo Hume invalidó todo lo escrito hasta su tiempo sobre ética. Tanto las viejas reflexiones sobre moral de Aristóteles, Epicuro, los estoicos y los escolásticos, así como las más recientes de Spinoza y Descartes, todo eso se basaba siempre en consideraciones sobre lo que pasa, lo que ocurre, lo que de hecho hace la gente, motivada por tales o cuales resortes o impulsos fácticos, que habitan en el interior del hombre, o se supone que habitan¹.

Hubiera podido esperarse que el propio Hume, al exponer luego sus ideas sobre ética, hubiera evitado incurrir en el error que con tanta razón él denunciaba en toda la literatura anterior sobre el tema. Pero asombrosamente cometió el mismo error que criticaba. Según él, *la razón es y debe ser la esclava de las pasiones y no puede pretender otro oficio que servir y obedecer a las pasiones*².

En esta frase salta a la vista la falacia en cuestión (*is and ought to be*), aunque hay que suponer que se trató de un descuido inconsciente. Pero de hecho, todo lo que escribió Hume sobre moral, política o costumbres nunca partió del *deber ser* como tal, sino de lo que es, lo que hay, lo que se da, tal como aparece en las conductas humanas. Hume las observó con agudeza, pero con los mismos criterios con que se estudia la conducta de los animales o los fenómenos de la naturaleza inerte. Procedió con los mismos métodos usados por las ciencias

255



* José María Méndez es Presidente de la Asociación Estudios de Axiología.

¹ Esta gran falacia se ha cometido en la historia de dos maneras, que pudiéramos llamar *grosera* y *fin*. La manera grosera es la de Aristipo o Bentham, por ejemplo, para quienes *bueno* es lo que causa placer y *malo* es lo que causa dolor. Pero placer y dolor son hechos de este mundo. El utilitarismo de Stuart Mill es lo mismo, sólo que el placer no es simultáneo con la acción, sino algo esperado en el futuro. Se trata de *hedonismo retardado*, por así decir.

La manera fina es la propia de la filosofía aristotélico-tomista, y en general de todos los escolásticos. Apelan a un imaginario concepto de *naturaleza humana*, que está fuera del alcance de nuestra inteligencia. Pero, suponiendo que la conociésemos, se trataría siempre de algo que *es*, de algo que se supone existe en nuestro mundo. En resumen, de lo que está en el plano del *es* o de la realidad de nuestro mundo no se puede saltar lógicamente al plano superior de lo que *debe ser sea o no sea*, que es justamente nuestra definición del valor, inmune a la falacia denunciada por Hume.

² *Treatise of Human Nature* 2,1,3. Ed. Oxford 1951, p. 22.

positivas, para pretender así el mismo crédito que éstas. Analizó las pasiones humanas con la misma metodología con que se examinan las cuatro fuerzas fundamentales de que hablan los físicos.

2. Kant

Fue Kant el primero que extrajo todas las consecuencias de la enorme y trascendental falacia *es* $\rightarrow$ *debe ser*. Y en consecuencia intentó partir del *deber ser* como tal para construir su ética. Desde el punto de vista metodológico, es la primera vez que se emprendió tal empresa filosófica. El conocimiento moral debe empezar por una cierta aprehensión o intuición directa de lo que debe ser, con independencia de lo que es u ocurre en nuestro mundo.

Por poner un ejemplo, conocemos el deber ser contenido en el cuarto mandamiento *no matarás* independientemente de lo que hacen de hecho los hombres, que por desgracia no han dejado nunca de matar. Si el deber-ser se derivase del ser, hace ya mucho tiempo que el precepto sonaría en nuestros oídos al revés: *mata en cuanto tengas ocasión*.

Pero como el propio Kant afirmó, *aunque todo el mundo asesinase, no por eso el asesinato se convertiría en algo digno y noble en sí mismo*. De lo que hacen los hombres no se deduce nada en el ámbito de lo que deben hacer. Es un inmenso error hacer esa deducción, por muy común que sea este salto lógico, como se evidencia en el refrán *donde fueres haz lo que vieres*. En resumen, la ética tiene que empezar por la aprehensión directa del deber ser.

Por desgracia este inicial y acertado paso de Kant se vio frustrado enseguida por las dos absurdas asunciones que asombrosamente introdujo a continuación:

- a) El deber ser es aprehendido vacío de contenido.
- b) La autonomía de la buena voluntad crea su posible contenido.

El absurdo de un deber ser meramente formal y sin contenido material fue brillantemente criticado por Scheler. Recuerda al *conjunto vacío* de que hablan los matemáticos. Un conjunto, por definición, contiene al menos dos elementos. Y si no contiene ninguno, llamarle *conjunto* es mero capricho, puro *flatus vocis*. Lo mismo cabe decir del kantiano deber ser vacío de contenido.

No menos absurda es la autonomía de la buena voluntad. En el venturoso caso de que alguien poseyese de hecho la buena voluntad kantiana, eso sería siempre un hecho, algo que está en el nivel de lo que es, algo existente en el ámbito de lo contingente y posible. Tras rechazar la falacia *es* $\rightarrow$ *debe ser*, Kant vuelve a caer en ella, si es la buena voluntad la que decide el contenido de lo éticamente obligatorio. Esa decisión es un suceso de este mundo, que no genera ninguna obligación en la conciencia de nadie. Del hecho de que alguien diga *A debe ser*, no se deduce que A deba objetivamente ser. Como mucho, se deduciría el miedo ante el poderoso, si es éste quien pronuncia la frase. Pero el



miedo al poderoso carece de la dignidad propia de la obligación sentida en la conciencia. Kant acabó por invalidar su correcto punto de partida.

Con todo, teniendo en cuenta que Kant fue el primero en intentar construir la ética con el método lógicamente correcto, bien merece que consideramos su fallido intento como una de las cuatro patas sobre las que se asienta la moderna Axiología. Su aspecto formal supone partir del deber ser, sin traicionarlo después.

En efecto, si la buena voluntad se impusiese a sí misma el deber ser, podría también quitárselo de encima cuando quisiera. Pero lo propio de la obligación ética es que podemos violarla, pero no anularla. ¿No dijo el mismo Kant que el mandato *no matarás* no se anula porque siempre se viole?

Con todo, el imperativo categórico es otra aportación aprovechable de Kant, aunque adecuadamente reinterpretado³.

3. Brentano, Scheler y Hartmann

Según García Morente, *la base en donde se asienta la ética moderna de los valores está en este breve libro de Brentano*⁴. En rigor, lo único que hizo Brentano fue expresar de otra forma la falacia denunciada por Hume. Pero de ninguna manera expuso positivamente una doctrina clara de cómo se percibe el deber-ser ético aparte de la percepción externa. Más adelante nos valdremos de la experiencia vivida por Morente para decir algo más convincente sobre el tema.

El libro de Scheler *Materiale Wertethik* fue saludado como uno hecho mayor en la historia de la filosofía. A finales del siglo *xix* y principios del *xx* se publicó mucha literatura sobre los valores, que no tuvo tanto éxito. Fue con Scheler cuando explotó, por así decir, la *Filosofía de los Valores*, que ahora etiquetamos como *Axiología*.

Pero Scheler no era profundo. Sólo fue muy brillante para criticar el deber ser vacío de Kant como algo insostenible. Según Scheler, todo deber ser aparece sobre una materia o contenido intuitivo como valioso, al margen o por encima de la percepción sensible o externa.

Notemos que la palabra *valor* se usa de dos maneras. Primero, como el contenido o materia de un deber ser. Segundo, como el conjunto de esa materia y el

257



³ *Die Autonomie des Willens ist das alleinige Prinzip aller moralischen Gesetze.* Kant, *Crítica de la Razón práctica* K. 7, par. 8. Lo decisivo en este punto es que el deber ser no es visto por Kant como algo que viene de Dios, sino de la buena voluntad. Pero el deber ser ético no habita en el reino de lo contingente, sino en el reino de lo necesario. La existencia de Dios tampoco es un postulado que se deriva de la Razón Práctica, sino que el valor ético y su deber ser son tales, porque Dios existe previamente y es la fuente de todo valor y del deber ser que lo acompaña.

⁴ Franz Brentano *El origen del conocimiento moral*. Morente tradujo esta obra de Brentano y la cita está en la Nota Introdutoria. Por oposición a las intuiciones de contenido físico, Brentano afirma que *el concepto de lo bueno no tiene su origen en la esfera de la llamada percepción externa*. Madrid 1941, pag. 33.



deber ser en cuanto su forma. Pero en la práctica es fácil darse cuenta de cuando se habla sólo de la materia, sólo de la forma, o bien del conjunto materia-forma.

En todo caso, Scheler nunca abordó en profundidad el tema del conocimiento de los valores y de su deber ser. Consideró valioso el sabor agradable de una fruta, por ejemplo. Pero ¿en qué puede consistir la obligación de que la fruta me resulte agradable al comerla? Si algo está claro es que el sabor de la fruta, bueno o malo que sea, está en la esfera de lo que es y no en el ámbito de lo que *debe ser*. En este desafortunado ejemplo no hay nada en el ámbito del deber ser. Y por tanto tampoco el buen sabor de una fruta constituye la materia de ningún valor. En verdad, el cuadro de los valores que ofrece Scheler es caótico⁵.

Con todo, Scheler hizo a la Axiología una aportación de la misma envergadura que la de Kant. Digamos que Kant es el padre del lado formal de la Axiología, y Scheler el padre de su lado material. Y que felizmente las aportaciones de ambos se complementan, al contrario de lo que imaginaba el propio Scheler.

Nicolai Hartmann hizo notar que en los conflictos entre dos valores aparece la necesidad de aceptar el *mal menor*, como se suele decir⁶. Esta nueva información es distinta de la indicada por Scheler, pues comporta la presencia de dos valores en conflicto, y no uno solo. Pero a efectos del conocimiento moral, se trata de un dato decisivo para establecer la jerarquía de los valores. El orden según la *altura* de Scheler y el orden según la *fuerza* de Hartmann se refuerzan mutuamente. En realidad, la materia de un valor incluye su posición en una escala bidimensional. Para ser exactos, si Kant aporta el lado formal de la Axiología, el lado material se lo debemos conjuntamente a Scheler y a Hartmann. Para seguir el símil, digamos que se trata de las patas segunda y tercera de la *nueva Axiología*, a que se refería García Morente.

Hartmann dedicó muchas páginas de su *Ethik* para describir y desmenuzar la noción de deber ser (*Das Sollen*). Pero en realidad se trató de un inconsciente esfuerzo para embrollar el tema, con tal de no llegar a la conclusión rechazada de antemano por Hartmann. Él era ateo convencido, y, de acuerdo con este prejuicio, tenía que evitar, fuese como fuese, terminar en la conclusión de que el *Sollen* de los valores viene en último término de Dios⁷.

⁵ Scheler carecía de enjundia metafísica. Llegó a decir que *los valores valen, no son*. Lo mismo le pasó a Ortega, que definió los valores como *cualidades irreales en soportes reales*. Frondizi incluso consideró a los valores como *parasitarios* de sus eventuales soportes. El primer intento serio de examinar la relación metafísica entre valor y ser lo encontramos en Hartmann. Definió los valores como *Ideas platónicas*, sosteniendo la corrección de un supuesto ente ideal, algo que existe sólo como idea. Este tema sólo se solventó con la lógica formalizada moderna. No hay ideas que no piensa nadie.

⁶ La resignación al mal menor, aunque indica la conducta a seguir hacer dadas las circunstancias, no es propiamente un deber-ser. No tiene sentido decir que un antivalue deba ser. Lo correcto, por tanto, es valor ↔ deber ser.

⁷ Hartmann pensó que la existencia meramente ideal que él atribuía a los valores como Ideas platónicas hacía compatible la axiología con su ateísmo. Pero la lógica formalizada moderna establece una perfecta correspondencia biunívoca entre las fórmulas lógicas y los *modi* del ser, entre *Logos* y *Esse*. No hay resquicio alguno para el ente ideal de Hartmann.

4. La moderna lógica formalizada

Nos queda la cuarta pata. La encontramos en el cálculo lógico, que nos informa que no hay más que tres tipos de fórmulas: *valideces* Vz, *consistencias* Cs y *contradicciones* Ct. Y por otra parte, la lógica griega y medieval identificó los dos *modi* del ser, *necesario* Ne y *posible* Po.

Pues bien, la decisiva conquista de la lógica sobre la noción de *deber ser* estriba en que éste habita en la región de lo necesario, y no en el ámbito de lo posible. El conocimiento moral es aprehensión de lo necesario, de lo perteneciente a Dios en sí mismo. No se basa en la aprehensión de nada situado en el nivel inferior de lo posible, y por tanto de lo contingente, lo que es o se da en este mundo, lo accesible a la intuición de nuestros sentidos externos.

Por eso, tenía toda la razón Hume al denunciar la falacia *es* $\rightarrow$ *debe ser*. Es lo mismo que escribir el absurdo *posible* $\rightarrow$ *necesario*.

En conclusión, los tres conceptos morales o éticos –*obligatorio*, *permitido*, *prohibido*– se formalizan en una triple correspondencia con los tres tipos de fórmulas lógicas –*válido*, *consistente*, *contradictorio*– y las tres posiciones ontológicas –*necesario*, *posible*, *imposible*–.

LOGOS		ESSE		ETICA
Vz	$\leftrightarrow$	Ne	$\leftrightarrow$	obligatorio
Cs	$\leftrightarrow$	Po	$\leftrightarrow$	permitido
Ct	$\leftrightarrow$	Im	$\leftrightarrow$	prohibido ⁸

Estas tres correspondencias pueden compactarse en dos eliminando los símbolos de la tercera línea. Pues Ct se puede substituir por -Vz, con el negador *antes*. Igualmente Im se substituye por Ne-, con el negador *detrás*. Esta diferente posición del negador está cargada de muy hondo sentido⁹.

Lo más significativo es que los tres conceptos de ETICA funcionan exactamente como los de ESSE. *Prohibido* se substituye por *obligatorio no*, del mismo modo que *imposible* se substituye por *necesario no*.

También ocurre que *obligatorio* y *permitido* son duales entre sí exactamente como Ne y Po son duales entre sí.

Obligatorio hacerlo = no permitido no hacerlo

⁸ El lenguaje ordinario dispone de la palabra *contradictorio*, netamente distinta de *válido* y *consistente*. En cambio, la palabra *imposible* es sencillamente *no posible*. Hubiera sido deseable disponer en lo ontológico de una tercera palabra también netamente distinta de *necesario* y de *posible*.

⁹ Al compactar en dos las tres equivalencias, llegamos a esta asombrosa formalización:

(+Vz $\leftrightarrow$ Ne+) & (-Vz $\leftrightarrow$ Ne-) Dios en sí mismo y la nada absoluta de lo contradictorio

(+Cs $\leftrightarrow$ Po+) & (-Cs $\leftrightarrow$ Po-) Poder creador de Dios aún no estrenado.

La simetría de los símbolos en estas fórmulas es ciertamente bella. Ya los griegos hablaban de lo *kaloagazon*, lo bello y verdadero a la vez



Obligatorio no hacerlo	=	no permitido hacerlo
Permitido hacerlo	=	no obligatorio no hacerlo
Permitido no hacerlo	=	no obligatorio hacerlo

En cambio, en el ámbito del LOGOS, Vz y Cs no son duales entre sí de esa manera. No tiene sentido poner el negador detrás de una fórmula lógica. La dualidad podría encontrarse, si acaso, acudiendo a las Tablas de Verdad. Una validez es verdadera en todos los casos (cuantor universal). Una consistencia es verdadera en al menos un caso (cuantor particular). Y ambos cuantores son duales entre sí. Aunque se trataría de una dualidad *remota* entre Vz y Cs, por decirlo así.

Lo sorprendente, y al mismo tiempo cargado de profunda significación para el conocimiento moral, es que tanto en ESSE como en DEBER SER las relaciones entre los conceptos son exactamente paralelas. El *deber ser ético –lo obligatorio–* se corresponde exactamente con el *Ser Necesario*.

Por tanto, si *necesariamente es* → *es* nos parece obvio, igualmente obvio tiene que resultarnos *debe ser* → *será*, si es que un verdadero valor aún no es en este mundo como debe ser.

Por ejemplo, algo que *debe ser*, como la Justicia por ejemplo, *necesariamente será*. Si no llega a ser en este mundo como debe ser, ha de existir otro mundo en que la Justicia triunfe plenamente.

Y a su vez, lo que *debe no ser*, será destruido o aniquilado de alguna manera, o sea, *necesariamente no será*. Todo crimen será castigado, en este mundo o en el otro. Un asesinato puede quedar impune aquí abajo, pero será adecuadamente castigado en el más allá. Toda violación ética acabará desapareciendo en la nada, aunque cae fuera de este artículo tratar los detalles de esta aniquilación metafísica o hundimiento en la nada de todo pecado o antivalor ético.

En verdad, todo esto fue entrevisto de un modo más o menos aproximado por Kant en sus famosos *Postulados de la Razón Práctica*. Por fuerza tenía que resultar confusa su exposición, si sólo disponía del impreciso lenguaje ordinario. Ahora podemos confirmarlo de modo apodíctico mediante la lógica formalizada.

Lo más importante obviamente es comprender que el *deber ser* de los valores éticos se formaliza en riguroso paralelo lógico con el Ser Necesario o Dios. Por eso acertaron plenamente los antiguos que vieron la conciencia moral como la voz de Dios, que se escucha en el interior del alma. Literalmente lo es. Oímos la voz de los demás hombres con nuestros oídos de carne, mediante una percepción externa. Pero nuestra conciencia moral capta la voz de Dios, con una percepción interna no menos real, directa y objetiva que la externa.

Así pues, la intuición material de los valores éticos consiste literalmente en percibir directamente alguna perfección real de Dios, que brilla en conductas humanas concretas. Los valores éticos son en último término las perfecciones



reales de Dios, intuitas por la conciencia moral. Ciertamente Dios no hace Justicia, sino que es la Justicia en sí o infinita, si empleamos el socorrido binomio *finito-infinito*. Por tanto, cuando Salomón impartió justicia él mismo se hizo justo, aunque de manera finita. *Participó* de la Justicia en sí, como se usa también decir. Unamuno acertó a expresar todo esto de modo lapidario: *ser bueno es hacerse divino, porque sólo Dios es bueno*¹⁰.

5. La experiencia de García Morente

Según todo lo anterior, la intuición de los valores no presupone percepción de lo sensible, aunque se apoye en lo sensible. Es una intuición intelectual, que contradice el viejo aforismo *nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*. Intuir un valor ético es vislumbrar un destello de la divinidad, algo muy por encima de las realidades de este mundo. Y es apreciar en el deber ser la marca inconfundible de lo necesario o lo divino.

Si yo veo que alguien recoge un papel del suelo y lo echa en un contenedor, mi intuición sensible aprehende, *en el plano de lo que es*, una realidad muy modesta. Pero *en el plano de lo que debe ser* yo veo o intuyo un fogonazo de la limpieza o pureza de Dios, algo que ciertamente sólo puedo percibir con mi *ojo axiológico*, por así decir. O con mi *conciencia moral*, para ser usar la terminología más tradicional. Ya los griegos, y sobre todo Platón, emplearon la palabra *daimonion* para referirse a esta aprehensión de algo divino y muy por encima de los hechos de este mundo¹¹.

Mucho se ha discutido sobre una supuestamente imposible intuición intelectual e independiente de nuestros sentidos. A este respecto tiene una enorme importancia el testimonio sincero y lúcido de García Morente.

El tuvo la certeza intelectual de la presencia de Jesús en total independencia de los sentidos. «*Me puse en pie todo tembloroso y abrí de par en par la ventana. Una bocanada de aire fresco me azotó el rostro. Volví la cara hacia el interior de la habitación y me quedé petrificado. Allí estaba Él. Yo no lo veía, yo no lo oía, yo no lo tocaba. Pero Él estaba allí... ¿Cómo es esto posible? Yo no lo sé. Pero sé que Él estaba allí presente y que yo, sin ver, ni oír, ni oler, ni gustar, ni tocar nada le percibía con absoluta e indubitable evidencia*»¹².

Como era un excelente filósofo profesional, el mismo Morente reflexiona a continuación sobre su experiencia. «*La formulación psicológica del Hecho*

¹⁰ *Diario íntimo*, Alianza, Madrid 1996, pag. 93. Cornelio Fabro y otros escolásticos usan aquí la palabra *participación*, o también la terminología *finito-infinito*, no del todo adecuada, pues está extraída de la matemática.

¹¹ La intuición axiológica se formaliza por $Fx\&\theta F$, donde x está por la acción objeto de una intuición sensible, F por la materia del valor que aparece en esa acción, y θ está por *debe ser*. En la acción x brilla el valor F y F debe ser. Nótese que lo que *debe ser* es F y no x . Cf. *Altar Mayor* nº 175, Enero-Febrero 2017, pág. 47.

¹² GARCÍA MORENTE, *manuel: El Hecho Extraordinario*. Rialp. Madrid 2009. Pág. 43.





podría ser la siguiente: una percepción sin sensaciones... el Hecho por mí vivido se caracteriza por la total ausencia de sensaciones. Dijérase una percepción por el alma sola, sin auxilio del cuerpo condicionante. Y si a la tal percepción por sola el alma no quiere dársele el nombre de percepción, llámesele como se quiera; en todo caso el Hecho es una intuición de presencia desprovista de toda condicionalidad corpórea (sensación)»¹³.

La intuición del valor no es totalmente independiente de lo sensible. Con nuestros sentidos captamos un suceso de este mundo. Y es justo en ese suceso donde surge la percepción de lo valioso. En cambio, el caso de Morente es excepcional. El habla de ausencia total de sensaciones. Digamos que descubrió excepcionalmente la Justicia en sí sin la necesidad de percibir previamente un acto justo en este mundo.

En nuestra experiencia ordinaria, por el contrario, captamos intelectualmente la Justicia en sí a través de un acto justo, aunque sea tan modesto como pagar el alquiler a fin de mes. Pero, aunque no podemos prescindir de lo sensible como en el caso de Morente, lo decisivo es que el deber ser como tal es percibido aparte de los sentidos, como ya vio Brentano.

6. El deber ser estético

Hemos visto la férrea conexión lógica entre el deber ser ético y el *Ipsum Esse* o lo *necesario sí*. Y por otra parte, *prohibido* es lo mismo que *necesario no*, con el negador detrás. Lo ético se sitúa en el nivel ontológico de lo necesario. *Obligatorio hacerlo y prohibido hacerlo* son conceptos tan inseparables entre sí como *Necesario sí y necesario no*.

En cambio, el deber ser estético se ubica en el reino de lo contingente y por ende de lo posible. Nada es ahora compulsivo, ni perentorio, ni obligatorio. Todo está permitido, si de verdad contiene un átomo de belleza. Y si no lo contiene, no se trata de una violación culpable, sino de inhabilidad, de torpeza, de *maladresse*, para emplear esta conocida palabra francesa. En rigor ni siquiera existen antivalores estéticos. La fealdad es sólo una belleza malograda, un vacío de belleza¹⁴.

Lo mismo que Dios es libre para crear este mundo u otros, el artista es libre para sus creaciones estéticas. Y hasta el hombre más modesto y sencillo es libre para organizar su ocio y sus entretenimientos. *Puede sí y puede no* van juntos en todo el reino de lo estético en el mismo sentido en que el billete de lotería puede salir premiado y puede no salir premiado.

Por tanto, no tiene sentido hablar de un *conocimiento estético* en un sentido

¹³ Idem. Pág. 45.

¹⁴ La idea agustiniana del mal como vacío de bien es insostenible en ética, pero es totalmente certera en estética.

paralelo o similar al del conocimiento moral. Conocer un valor estético es lo mismo que vivirlo, crearlo, otorgarle existencia. Velázquez conoció la belleza de sus cuadros, mientras los iba pintando, incluso mejor que cuando los hubo terminado. Hoy día un visitante del Museo del Prado puede conocer la belleza de Las Meninas igual que Velázquez cuando finalizó su ejecución. Lo que no puede el visitante actual es vivir el valor estético de la creación artística cuando ésta va teniendo lugar. Eso fue el privilegio de Velázquez, que nadie puede compartir con él. Con todo, también se enciende la llama de la belleza en el corazón cuando se capta la belleza del cuadro y se la admira. Se está *conociendo la belleza*, por así decir, por el hecho mismo de experimentarla o vivirla.

No tiene por tanto sentido hablar estrictamente de *conocimiento estético*, ni tampoco de un imaginario conocimiento axiológico que englobase en igualdad de condiciones lo ético y lo estético¹⁵. El deber ser estético no es objeto estricto de conocimiento, sino de experiencia vivencial. En el reino estético amar lo bello es ya conocerlo. Es un amor que no se equivoca al descubrir el sutil deber ser de lo bello.

Por eso, hay una cierta inexactitud en la expresión *intuición axiológica*. Estrictamente se refiere sólo al deber ser ético. Aunque en sentido lato, resolver un crucigrama es en cierto modo *intuirlo*, a medida en que se va descubriendo la ingeniosidad de las palabras adecuadas.

Terminemos haciendo notar que en estética cabe hablar también de *participación*, igual que en ética. El que hace algo bello aquí abajo, participa de la belleza divina, supremamente amable. Se hace divino de un modo mucho más agradable que el que hace algo justo y participa de la Justicia en sí. La participación en estética es mucho más enriquecedora y gratificante que en ética. ■



¹⁵ Con todo, la *logique du coeur*, de que hablan Pascal y Scheler, podría tener su encaje en la estética. La palabra *belleza* caracteriza el contenido de lo valioso estético. Y la palabra *amor* designa el sentimiento, en cierto modo cognitivo-instintivo, frente a lo bello. Pero ni Pascal ni Scheler precisaron que este *quasi conocer* se limita al reino de los valores estéticos, y de ninguna manera se extiende a los éticos.